



## ANTES I HOI

---

POEMA

POR

SAMUEL A. LILLO

I

Aquel hijo de incultos leñadores  
trajo, al nacer, un alma de poeta  
encerrada en su rústica envoltura,  
como traen las flores,  
del negro seno de la tierra impura,  
su aroma i sus colores.

Un cazador herido  
que recojió su padre en la montaña,  
enseñóle a leer agradecido  
en pago del albergue en su cabaña.

Prendió en tan buen terreno  
el grano de simiente,  
que en medio de los montes, de repente,  
alzóse aquel espíritu tan lleno  
de anhelos, de visiones i de ardores,  
cual si uno de los árboles desnudos,  
ántes de despuntar la primavera,  
repleto de ramajes i de flores,  
en el huerto de súbito surgiera.

Ya no cruzó como ántes los alcóres,  
trepando por laderas o por riscos,  
ni volvió a conversar con los pastores  
que en las lomas cuidaban los apriscos.

En vano con su canto matutino,  
los tordos lo llamaban,  
posados en los troncos del camino;  
en vano en los breñales,  
en son de desafío, le lanzaban  
su chillido burlesco los zorzales.

A veces, en la yerba recostado,  
pasábase las horas  
contemplando las bandas bullidoras  
de los loros salvajes que bajaban  
en busca de sembrados i plantíos,  
o el vuelo de los cóndores bravíos  
que, hallando bajo pedestal los montes,  
subían a las nubes  
para buscar mas amplios horizontes.

Sólo él estaba echado en el terruño,  
semejante a una oruga vil de tardos  
i torpes movimientos,  
sin que nunca pudiera,  
cual la leve plumilla de los cardos,  
ser llevado siquiera por los vientos.

Otra vez, con el alba se escapaba  
para mirar desde una abrupta cima,  
cuya punta avanzaba,  
como el alto torreón de un centinela,  
hacia el valle do estaba el caserío  
de la rústica escuela,  
que, visto desde arriba, allá en la hondura,  
parecía en las márgenes del río  
un colmenar perdido en la llanura.

¡Cómo ansiaba llegar hasta esa escuela  
en que él se figuraba  
que a los grupos de niños que acudían,  
como un pastor que diera la partida,  
el viejo preceptor les enseñaba  
la verdadera senda de la vida!

## II

Por fin, cumplió su anhelo mas ferviente  
aquella alma sencilla,  
i una mañana descendió impaciente  
a la rústica escuela de la villa.

Cuando llegó el rapaz a los umbrales  
de aquel sombrío caseron de barro,  
apoyados los codos en la mesa,  
miraba el preceptor las espirales  
del humo del cigarro;  
en tanto que en la sala  
un grupo de muchachos mal trajeados  
i sucios, i descalzos, reclinados  
sobre los viejos bancos, i los otros  
sobre el desnudo suelo de rodillas,  
como banda de loros inconscientes,  
leían en voz alta sus cartillas.

El viejo preceptor seguía inmóvil,  
talvez pensando en los eternos años  
perdidos en la sierra,  
hundido en los mezquinos egoísmos  
que le hicieron nacer los desengaños,  
olvidado por todos en la tierra.

Al fin, con un semblante de disgusto  
le contempló, i apenas  
le señaló un lugar, mirando injusto  
al pobre niño que la luz buscaba,  
como un nuevo eslabon de sus cadenas.

Los muchachos miraron maliciosos  
la tímida figura del llegado,  
esperando deseosos  
la hora del recreo,  
término de su triste servidumbre,  
para hacer, entre alegres expansiones,  
al novicio las bromas de costumbre.

Al toque de llamada, con presteza  
se alzaron los muchachos, i formada  
quedó la clase enfrente  
de la temida mesa,  
i unos a escape i otros lentamente  
fueron leyendo la leccion, que oia  
el viejo preceptor indiferente.  
Sin correccion alguna a los lectores,  
sin un consejo diestro  
que ayudara a sus mentes vacilantes  
para salir de aquella selva oscura,  
por turno, a cada niño, fué el maestro  
dándole tantos *guantes*  
como faltas hiciera en la lectura.

Ante aquel espectáculo tan fiero,  
cayó un frio mortal dentro de su alma;  
i cual marchita en plena primavera  
una escarcha tardía  
el brote que salió a la luz del dia,  
tal murió su esperanza, la primera  
florencia que en su alma aparecía;  
i en tanto que la turba tumultuaria  
se alejaba entre risas i clamores,  
en un rincon del aula solitaria  
a solas se quedó con sus dolores.

I ahí lo halló, jimiendo todavía,  
la turba de estudiantes que volvía.  
No hubo para el niño ni un consuelo  
entre tanta alma dura,  
ni siquiera miradas  
piadosas o de amigo:  
que no saben de amor ni de ternura  
las almas trabajadas  
a golpes sobre el yunque del castigo,

I lo dejaron solo, con el libro . . . .  
I allí quedó sujeto  
en aquel intrincado laberinto  
de tantos nombres i ningun objeto,  
ese espíritu abierto, acostumbrado  
a estudiar la verdad i la belleza,  
sobre las cosas mismas, bajo el cielo,  
en medio de la gran naturaleza.

Comprendió con profundo sentimiento  
que no sabia cómo el ave sube,  
la piedra baja, se levanta el viento;  
lo que es el cielo, el arbol, la nube;  
el por qué de las lluvias i las nieves,  
la vida sobre el suelo,  
la luz de las estrellas en el cielo:  
¡cuántas cosas tan grandes, tan estrañas  
que despertaron su infinito anelo  
allá en la soledad de sus montañas!

Sin esperar el toque de salida,  
como una bestezuela inquieta i brava  
que fuera perseguida,  
escapó del encierro  
esa alma que no quiso ser esclava.

Subió por el repecho,  
como un gato montés, a la carrera,  
i se detuvo, jadeante el pecho,  
pero libre otra vez, como ántes era.

---

Desde el valle subian,  
como hálitos de vida, los ladridos  
de los canes agrestes, los balidos  
de los grupos de ovejas, i el sonoro  
trompeteo profundo de algun toro.

En las lomas i oteros,  
limpios amarillaban los rastros,  
cuyos matices de oro interrumpian  
matas de *trupas* con manchones rojos;  
i agrupadas del rio en las riberas,  
parecian de léjos blancas aves  
bajo el rayo del sol, las lavanderas.

Allá arriba, a su espalda,  
las montañas llamábanle amorosas,  
con sus vastos doseles de esmeralda,  
sus riscos i quebradas sonoras.

I obediente volvió a su madre amiga,  
la gran naturaleza,  
con todos buena, con ninguno ruda,  
que siempre premia i que jamas castiga  
al que la pide en la desgracia ayuda;  
la santa providencia del labriego  
que sabe compensarle sus fatigas,  
que enjuga sus sudores  
con un manto de flores,  
i su hambre ahoga con un mar de espigas.

## III

Trascurrieron los años lentamente,  
sonrióle la fortuna,  
se olvidó de sus penas,  
sintiendo las arrugas en la frente  
i tranquila la sangre de las venas;  
i leyó muchos libros que aplacaron  
la sed de su alma ardiente,  
i tuvo tambien hijos que crecieron  
libres como las aves del bosque  
i que tambien quisieron  
a la escuela como él hacer su viaje.

I descendió con ellos. . . .  
Cortando la vetusta carretera,  
pasaba el tren en rápida carrera;  
el humo de las fábricas espeso  
sobre los altos montes ondeaba,  
como una oscura i colosal bandera  
de paz i de progreso.

En este largo espacio,  
en ciudad se trocó la humilde villa,  
i donde estuvo el caseron sombrío  
de la rústica escuela,  
alzábase un palacio  
que se miraba en el cristal del río.

I vió la nueva escuela del presente,  
esta escuela ante todo educadora  
primero del carácter que el talento;  
esta escuela en que el alma bienhechora  
i sana del maestro, se une ahora,  
a la luz fecundante del cariño,  
con el alma blanquisima del niño.

Esta escuela, dulcísima esperanza  
de futura grandeza,  
que es templo de verdad i de belleza,  
cuya suave i benéfica enseñanza  
es copia de la gran naturaleza.

La escuela, santuario de la ciencia,  
que aun en la montaña  
consigue aprovechar esa potencia  
creadora i estraña,  
que el juvenil espíritu despliega  
cuando a la lucha por la vida llega.

La que forma un jardín de cada aldea,  
en el cual son las flores  
las almas de los rudos labradores,  
regadas por los claros manantiales  
del agua que descende  
desde la fuente azul de los ideales,  
besadas por las ráfagas jentiles  
del amor, i alumbradas  
por el sol de la ciencia, que caldea  
las mentes juveniles  
i en ellas hace jerminalar la idea.

I conoció al maestro valeroso  
que recluta sus greyes,  
correteando por granjas i cortijos,  
que lucha con la fria desconfianza  
de los aldeanos para dar sus hijos,  
i con la hostilidad de los patrones  
que temen, presas de egoismo ciego,  
ahuyentar sus rebaños de inquilinos,  
si viene el libro como un sol de fuego  
a iluminar la noche del labriego.

I vió al osado profesor de ogaño  
que, al enseñar al hijo del trabajo  
con la lójica firme de los hechos,  
ántes que sus derechos  
los deberes humanos  
que tiene con los hombres, sus hermanos,  
esparce sobre el haz del Universo  
la nocion verdadera de la patria,  
que hará borrar por siempre de la tierra  
la lei de la conquista i de la guerra.

Al subir otra vez hácia su asilo,  
con el pecho tranquilo,  
por la misma ladera pedregosa  
que aquel dia subió triste i huraño,  
pasó junto al antiguo cementerio  
donde en misera fosa,  
dormia el viejo preceptor de antaño;  
i sintiendo que el ave del recuerdo  
se posaba aleteando en su cabeza,  
«No has sido tú quien nos ha hecho el daño,  
esclamó con tristeza,

---

que víctima fatal del egoismo  
de las grandes ciudades,  
tú fuiste una explosión de fuerza viva  
que el azar aquí trajo,  
i se deshizo al pié de la muralla  
que siempre levantaron los de arriba  
con la ignorancia vil de los de abajo.

No podías sacar en estos riscos  
el metal encerrado en la agría veta  
con la sola palabra de tu boca,  
ni, sin darte la vara del profeta,  
hacer brotar el agua de la roca.»

